

Túnez: las esperanzas del Proceso de Barcelona

La integración económica favorecerá el crecimiento en el Magreb si resulta de una convergencia de intereses de los actores y de un partenariado dinámico entre las empresas.

Chekib Nouira

A medida que se consolida la globalización, los países reconocen cada vez más la necesidad de la integración y tienden a la firma de acuerdos que consagren la constitución de grupos regionales que abarcan ya al conjunto de los continentes.

La liberalización comercial bajo la forma de zona de libre comercio o de unión aduanera permitiría aumentar la parte de los intercambios en el volumen total del comercio exterior de Túnez. Las ocasiones de éxito de esta integración regional dependen también de la cooperación financiera y tecnológica, así como de medidas de apoyo de las inversiones directas destinadas a los países firmantes del acuerdo.

La propuesta comunitaria consiste en instaurar en un periodo de 12 años una zona de libre comercio y al mismo tiempo realizar transferencias institucionales y financieras, y debe ser tanto más eficaz por cuanto los países también llevarían a cabo un proceso de apertura y reformas económicas que permitan una integración más profunda.

Túnez puso en marcha en 1996 la política de desmantelamiento tarifario a 12 años. Se trata de un desafío considerable con una presión sobre el aparato productivo. Se ha creado un programa voluntarista de modernización de más de 2.200 empresas industriales.

Las experiencias de integración regional permiten descubrir el interés que tienen los pequeños países por formar parte de conjuntos regionales. Esas experiencias han demostrado, sin embargo, que una de las principales ventajas de la zona de libre comercio es atraer inversiones extranjeras directas (IED), como fue el caso de Portugal, España, Grecia y en la actualidad de los países de Europa central y oriental (Pecos).

Pero los flujos financieros hacia los países del Magreb son insuficientes tanto en cooperación financiera como en las IED. El importe de la ayuda pública al desarrollo por habitante se sitúa alrededor de 42 dólares para los países mediterráneos (PPM), 132 dólares en Israel y 23 en Túnez) frente a 37 dólares para los Pecos.

En cuanto a las IED, las distancias entre los PPM y los Pecos son importantes (2,1% para los PPM y 6,5%

para los Pecos). Diez años después de Barcelona, el partenariado voluntarista y ambicioso tiene dificultad para crear una dinámica suficiente. A las dudas de ciertos países para comprometerse en una apertura económica, se añade la lentitud de los procedimientos europeos.

Es obligado constatar que el Proceso de Barcelona marca el paso. Ciertas lagunas estructurales debilitan su alcance y su realización. Mientras que las perspectivas de ampliación eran, a principios de la década pasada, consideradas con temor por algunos socios, hoy podrían parecer portadoras de dinamismo y nuevas complementariedades.

Sin embargo, el partenariado euromediterráneo deberá acompañarse de una reforma de los mecanismos de intervención, teniendo en cuenta los esfuerzos ya realizados.

Es indispensable tomar en consideración las visiones y las aspiraciones que el Norte y el Sur pueden compartir. En este sentido, la propuesta del ex presidente de la Comisión Europea, Romano Prodi, de desarrollar nuevas políticas de vecindad es esperanzadora.

La política de nueva vecindad: condiciones para su éxito

Para Túnez, el objetivo debería ser una modernización idéntica a la propuesta a los Pecos. Esa política debería iniciar y pilotar la convergencia y la posibilidad de una paridad con el resto de Europa a medio plazo. En esa perspectiva, se trata sobre todo de volver a centrar el partenariado en una ambición de codesarrollo que supere la lógica mercantil que, hay que decirlo, ha dominado hasta ahora.

Es importante reducir el abismo económico y tecnológico que separa las dos orillas del Mediterráneo para mejorar el nivel de las capacidades humanas de los países del Sur. Es imperativo ser competitivos en términos de calidad, precios e innovación y estar en condiciones de seguir las evoluciones del mercado y de la tecnología.

Barcelona, 10 años después

La revista tunecina *Réalités* organiza desde 1997 un foro internacional sobre un asunto de actualidad. Este año, el tema se ha impuesto por sí solo: "Barcelona, 10 años después". El 28 y 29 de abril de 2005, diversas personalidades europeas y magrebíes reflexionaron sobre los medios para relanzar el partenariado euromediterráneo sobre bases nuevas, no sin antes haber identificado las carencias y bloqueos de un proceso que dio muchas esperanzas a los pueblos de la región cuando fue emprendido en 1995. El sentimiento expresado de la mayoría de los participantes del Sur fue una mezcla de decepción y temor. "Decepción frente a la lenta evolución del partenariado, a menudo imputada a los países europeos, y temor al ver el interés de la Unión Europea (UE) orientarse hacia los países de Europa central y oriental que acaban de incorporarse a la UE y que son percibidos, con razón, como competidores de los países del Sur", explicó Taïeb Zahar, director de *Réalités*, en la apertura del foro. Y añadió: "La campaña contra la adhesión de la Turquía 'musulmana' a la Europa 'cristiana' no va a disipar precisamente todas estas aprensiones".

¿Qué ha cambiado desde 1995? Pese a la buena voluntad de los dirigentes y al impresionante número de conferencias, programas y proyectos puestos en marcha en el marco de los diversos acuerdos de asociación, el panorama general en la región ha cambiado poco. En efecto, sigue marcado por una gran asimetría entre ambas orillas. En el Norte, unos países ricos y unos pueblos con el destino en sus manos y que han alcanzado cierta madurez democrática; en el Sur, unos países en desarrollo y unos pueblos que se hunden bajo el peso de unas dictaduras de otra época.

"La actitud de la UE frente al déficit democrático y frente a los ataques contra los derechos humanos cometidos por sus socios del Sur sigue siendo tímida, pese a las valientes acciones realizadas, de vez en cuando y apremiados por la urgencia, por algunos diputados europeos especialmente sensibles a estas cuestiones", señala el doctor Mustapha Ben Jaâfar, secretario general del Frente Democrático del Trabajo y de las Libertades (FDTL), partido de oposición tunecino. Y para concluir: "Todavía estamos muy lejos de ese espacio basado en unos valores comunes que nos prometieron. El partenariado euromediterráneo se reduce, en realidad, a una vigilancia policial, y para más inri, marcada por grandes diferencias de desarrollo".

¿En qué situación estamos en relación con los tres objetivos asignados al proceso: paz, estabilidad y prosperidad compartida? La paz es todavía un sueño inaccesible, al menos para la orilla sur. Las desgracias están lejos de haberse terminado para los palestinos. Los iraquíes han sido "liberados" de una dictadura atroz

por una coalición militar internacional. Su país, ocupado desde marzo de 2003, sufre una guerra civil, aunque no se le llame así. Los sirios, a su vez, están en el punto de mira de la superpotencia americana. Mientras los americanos y los israelíes se afanan en remodelar el mapa del Gran Oriente Medio conforme a sus intereses estratégicos, obligando a plegarse bajo el peso de sus *diktat* a los regímenes en el poder en el Magreb y el Mashreq, los europeos sólo ofrecen a sus socios del Sur la lamentable imagen de su división e impotencia.

La diplomacia europea aún no ha logrado imponerse en la escena de Oriente Próximo, una región de la que, sin embargo, depende su seguridad, aunque sea como actor ineludible del proceso de paz árabe-israelí. Por otro lado, está la sensación de injusticia que los pueblos árabes experimentan ante la política de doble rasero practicada por las potencias occidentales en general con respecto al problema palestino (por ejemplo, al exigir la aplicación de la resolución 1559 de Naciones Unidas conminando

a Siria a retirar sus tropas del Líbano, a la vez que cierran los ojos ante el Estado de Israel, que sigue ignorando las resoluciones de la ONU). Este sentimiento de injusticia se ve acentuado por el apoyo dado por estas mismas potencias a los regímenes despóticos que gobiernan en el mundo árabe. Estos regímenes invocan hoy las necesidades de la lucha contra el terrorismo para justificar su negativa a poner en marcha las reformas políticas que se habían comprometido a realizar ante sus socios europeos.

Otra carencia identificada: la ausencia de instituciones políticas comunes no ha permitido estructurar el partenariado

euromediterráneo (la fórmula lapidaria atribuida a Romano Prodi, "Todo excepto las instituciones", fue vivamente criticada). Para remediarla, algunos han reclamado la creación de un Consejo de jefes de Estado y de gobierno de los países del norte y sur del Mediterráneo para dar un rostro, una forma y un contenido político a este partenariado. En cualquier caso, esto ayudaría a que surgiera una verdadera comunidad euromediterránea, con unas instituciones y una gestión paritaria, "basada en un contrato de codesarrollo, con obligaciones recíprocas, mecanismos de dirección y de supervisión, una ingeniería financiera y nuevos actores" (Hassan Abouyoub, ex ministro y ex embajador de Marruecos en Francia).

Otra idea desarrollada por algunos participantes: la creación de un banco euromediterráneo que tendría como cometido elaborar proyectos de desarrollo económico y social de carácter vertebrador y garantizar su financiación. Porque lo cierto es que las inversiones privadas desempeñarán el papel de impulsor del crecimiento en los países del Sur.

Ridha Kéfi, Túnez

Se deben llevar a cabo grandes esfuerzos institucionales, jurídicos, de la administración, la formación profesional, la promoción de la calidad, los datos económicos, sin olvidar las estructuras de apoyo.

Para la empresa tunecina, los desafíos hacen imperativa la adopción de una nueva estrategia que incluya la gestión de la calidad total, no sólo por las empresas que se adhieran voluntariamente a la política de modernización, sino para todas, y principalmente aquéllas que quieren desarrollarse con el mismo ritmo que la competencia internacional.

Ésa es la única vía del éxito que puede garantizar la perennidad y la prosperidad de la empresa. Valores como el respeto o la transparencia deberán ser plenamente adoptados en las culturas empresariales deseosas de evolucionar en armonía con el nuevo entorno mundial. Las empresas tunecinas están llamadas a definir estrategias defensivas en el mercado local y otras de mantenimiento o de retirada en el mercado mundial. Todo depende de las ramas de actividad y de sus avances en productividad. Teniendo en cuenta la importancia del choque de la competencia, Túnez tiene que apostar por un salto de competitividad en los nuevos canales de especialización. Se necesita una estrategia diferenciada para tener en cuenta la importancia de las actividades manufactureras en materia de competitividad que pueden garantizar mejores ganancias, y a fin de dinamizarlas o incluso de mantenerlas, un apoyo institucional es útil e incluso vital.

La integración subregional

La integración regional va a impulsar a las empresas magrebíes a evitar escollos y desarrollar sinergias. La integración económica sólo puede favorecer un nivel más alto de crecimiento, capaz de generar más riqueza y más empresas nuevas en la región, siempre y cuando sea el resultado de la convergencia de los actuales intereses de los actores y, en particular, de un partenariado dinámico entre las empresas magrebíes.

En efecto, las empresas están llamadas a crear sinergias y a reforzar sus capacidades para afrontar con éxito los desafíos de la globalización. La concreción de la globalización o de la regionalización es sobre todo el resultado del comportamiento de los agentes económicos que juegan al juego de la globalización.

Jugar a la globalización es, en primer lugar, adherirse a una cultura que tienda a contemplar el estatuto de la empresa de clase mundial buscando al mismo tiempo alcanzar la excelencia local. Al comprometerse en una estrategia de alianza, las empresas magrebíes iniciarían un proceso de adaptación creativa a la globalización. Están tanto más capacitadas para hacerlo por cuanto ellas mismas sufren las presiones del entorno económico internacional y presentan un paralelismo en su evolución histórica y en sus prácticas actuales (la

emergencia de la empresa moderna es reciente, los estilos de gestión adoptados están contruidos con referencia a modelos exógenos a la empresa, el peso del Estado es decisivo).

El proyecto de integración regional euromediterráneo es todavía Norte-Sur y no logra quitar las barreras en el enclave Sur-Sur para favorecer el atractivo de la zona. El peso de la rivalidad regional sigue siendo desgraciadamente preponderante. No hay duda de que, en el marco de una integración económica regional, no se pueden poner por delante los sistemas contruidos sobre la bilateralidad comercial, es decir un sistema de preferencia de sentido único.

Los Estados del Magreb deberían hacer de la integración subregional un imperativo estratégico para actuar lo más rápidamente posible, y un instrumento de coordinación de políticas económicas y financieras.

Las relaciones entre el Magreb y Europa están marcadas por una asimetría y unos desequilibrios profundos en los intercambios comerciales, los movimientos humanos, los capitales y las transferencias de tecnologías.

Las empresas magrebíes recurren poco a la subcontratación interior y regional intermagrebí. Eso se debe sobre todo al débil desarrollo del tejido industrial y a su crecimiento paralelo que crea más competidores que socios complementarios.

El análisis cualitativo de la subcontratación regional intermagrebí muestra que los factores que frenaban su desarrollo están relacionados con el desconocimiento mutuo de las potencialidades industriales, la insuficiencia de medios de transporte, las reglamentaciones aduaneras, fiscales y monetarias y la no coordinación de las políticas económicas.

Parece claro que las condiciones que prevalecen en los tres países del Magreb no eran ni son aún hoy (2005) favorables a la promoción de la subcontratación regional. Ese fracaso muestra la importancia de las asimetrías entre los países del Magreb, las cuales constituyen un serio obstáculo para la coordinación de sus políticas económicas. La estrategia no cooperativa predomina en las relaciones entre los magrebíes: cada Estado determina su política económica dando por supuesto la de su socio. Es más urgente establecer una política de coordinación: acercar las disposiciones legislativas, reglamentarias y administrativas necesarias para lograr una mayor uniformidad de la estructura económica.

La política de vecindad programa nuevas prioridades en relación con la liberalización del comercio de los productos agrícolas y de los servicios, con medios financieros incrementados en un 50% los fondos de la Comisión y tres veces los fondos del Banco Europeo de Inversiones.

Los países del Sur deberían seguir esas nuevas promesas mediante una consolidación de un entorno muy próximo a los logros europeos. Las perspectivas sólo pueden ser prometedoras. ■